DE LAS TIERRAS DEL ROMANCERO CASTELLANO AL NIDO ANDALUZ DE GAVILANES: LOS AÑOS DE ANTONIO MACHADO EN BAEZA (1912-1919)

«Viento negro, luna blanca./ Noche de Todos los Santos./ Frío. Las campanas todas/ de la tierra están doblando»[1].

Cuando el poeta Antonio Machado toma posesión de la cátedra de Lengua Francesa en el Instituto General y Técnico de la histórica y monumental ciudad de Baeza pareciera que estos versos del poema de su buen amigo Juan Ramón Jiménez hubieran sido escritos para él... Es el día 1 de noviembre de 1912, día, pues, de Todos los Santos. El poeta es un reciente y desolado viudo, que intenta mediante el traslado desde Castilla a su natal Andalucía la tarea imposible de mitigar el dolor por una pena insondable, fallecida tan sólo tres meses antes su dulce esposa-niña Leonor.

Las seculares costumbres que en España y demás países de tradición católica consagran el comienzo del mes de noviembre –fecha en que los pueblos celtas celebraban el año nuevo, con el inicio de la estación de la oscuridad y el frío– al culto y recuerdo de los difuntos establecen –o establecían, quizás– una llamativa uniformidad a lo largo de toda la geografía nacional, con elementos constantes que han quedado registrados en la abundante literatura sobre dicho tema funerario (cf. «El Día de Difuntos de 1836. Fígaro en el cementerio», de Larra; «El Monte de las Ánimas», de Bécquer, etc.). Así, el tiempo desapacible que parece reflejar el estado de ánimo, las ofrendas florales y las oraciones de recuerdo, las pequeñas llamas encendidas en memoria de los que ya no están, las tumbas, los

---

[1] JUAN RAMÓN JIMÉNEZ, *Jardines Lejanos*, Madrid, Lib. de Fernando Fe, 1904; *apud, Poemas* escogidos, ed. de Richard A. Cardwell, Barcelona, Vicens Vives, 2005, 2.ª ed., p. 30.

nichos, los cementerios que se visitan de manera casi obligada en esa ocasión, y. por supuesto, las campanas... Las campanas con su peculiar cadencia de toque de difuntos, que establecen el sonido único, monocorde y lúgubre del día

Faroles, flores, coronas,
–¡campanas que están doblando!–[2]

Y es que la villa que por su empuje guerrero había recibido hacia finales de la Edad Media el sobrenombre de «nido real de gavilanes»[3] se había ido convirtiendo paulatinamente en una ciudad de conventos e iglesias, que acompañaron la expansión nobiliaria de los siglos dorados. Así, a pesar de los inevitables efectos de la desamortización, en un lugar tan religioso como Baeza continúan sobresaliendo erguidos campanarios, que ocupan todo su protagonismo en el largo y doliente Día de Todos los Santos. De este modo, cuando Antonio Machado llegue al Hotel Comercio, donde se alojará inicialmente, el portero del establecimiento puede explicarle que el tañido de las campanas resulta tan intenso porque tocan a la vez desde las iglesias del Sagrario, el Salvador, San Andrés y San Pablo, «por eso parece que suenan a todos los muertos del mundo»[4]. De hecho. Fanny Rubio, en su reciente libro *Baeza de Machado* (2008) se referirá a ésta como «la ciudad de las campanas»[5].

Y es que ya Pascual Madoz, algo más de medio siglo antes, había dejado constancia en su memorable *Diccionario geográfico-Estadístico-Histórico de España* (1845-1850) de que Baeza era una localidad donde abundaban enormemente las iglesias y conventos. Así, aunque algunos de ellos hubieran desaparecido o pasado a uso civil a mediados del XIX, todavía existían en esa época nada menos que trece, que enumera y describe pormenorizadamente[6].

---

[2] *Ibidem.*

[3] Precisamente con ese título, *Nido real de gavilanes*, publicaría años más tarde, en 1931. una novela ambientada, claro está, en Baeza, el escritor malagueño Salvador González Anaya. En su narración, incluso se encuentra una aparición fugaz del personaje de Antonio Machado.

[4] FANNY RUBIO, Baeza de Machado, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2008, p. 46.

[5] Ibidem, p. 21.

[6] Cf. PASCUAL MADOZ, *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de Ultramar*: Jaén, edición facsímil, Valladolid, Ámbito/Editoriales Andaluzas Unidas. 1988, pp. 46-47.

El persistente tañido de las campanas acompañará, pues, a un Machado que sin duda puede seguir identificándose con el protagonista lírico del evocado poema juanramoniano:

...Yo voy muerto, por la luz
agria de las calles [...][7].

Muerto: probablemente así se sintiera Machado en el aspecto anímico, una faceta en la que le costará mucho recuperarse y que le hará percibir durante considerable tiempo la ciudad recién conocida a través de un filtro. No en vano escribiría a quien sería uno de sus más fieles corresponsales, precisamente Juan Ramón, pocos meses después de su llegada a Baeza: «Cuando perdí a mi mujer pensé pegarme un tiro»[8].

Igualmente significativas resultan las palabras que escribe en junio de 1913 a Miguel de Unamuno, otro de los asiduos destinatarios de sus textos epistolares: «La muerte de mi mujer dejó mi espíritu desgarrado. Mi mujer era una criatura angelical segada por la muerte cruelmente. Yo tenía adoración por ella; pero sobre el amor está la piedad. Yo hubiera preferido mil veces morirme a verla morir, hubiera dado mil vidas por la suya» (p. 122).

Condicionado por ese filtro que inevitablemente cubre sus ojos con un velo de tristeza y negatividad, el poeta describirá a sus más cercanos en términos peyorativos el que ahora es su nuevo destino. Así, en carta al significativo amigo de su etapa soriana José María Palacio, le dirá: «Esta tierra es casi analfabeta. [...] inquietudes espirituales, no existen; afán de cultura, tampoco» (p. 101). La ausencia de inquietudes espirituales que asegura descubrir Machado podría contrastar precisamente con esa abundancia de templos y parroquias. Pero, sin embargo, siguiendo la lógica del poeta, en conexión con toda una corriente regeneracionista de la época, éste no puede por menos que identificar ese obse-

---

[7] JUAN RAMÓN JIMÉNEZ, op. cit., p. 30.

[8] ANTONIO MACHADO, *Epistolario*, ed. anotada de Jordi Doménech, introducción de Carlos Blanco Aguinaga, Barcelona, Octaedro, 2009, p. 107. A partir de aquí, todas las citas del epistolario de Antonio Machado se harán por esta edición, consignándose en el propio texto el número de página correspondiente.

sivo sonido de las campanas con lo que denominará críticamente el «sombrío catolicismo español»[9], una suerte de religiosidad mal entendida que otorga más importancia a los fastos y las apariencias que a la verdadera esencia espiritual del hombre. De este modo, Baeza se convertirá, al menos en un primer momento machadiano, en una representante prototípica de la más cerrada ortodoxia religiosa. Como denunciará tajante en carta a su querido y *dilecto*[10] Unamuno: «Es infinitamente más levítica que el Burgo de Osma y no hay un átomo de religiosidad. Hasta los mendigos son hermanos de alguna cofradía. Se habla de política –todo el mundo es conservador– y se discute con pasión cuando la audiencia de Jaén viene a celebrar algún juicio por jurados. Una población rural encanallada por la Iglesia y completamente huera» (p. 119).

Antonio Machado reflexiona seriamente, considerando que el cerrado clericalismo español asfixia la íntima verdad cristiana, la pureza del mensaje evangélico[11]. De ahí que poco tiempo después, en una sentida elegía que dedicó a la muerte de su admirado maestro, el krausista Francisco Giner de los Ríos, el poeta contraponga significativamente las campanas, que representan ese «estado de superstición milagrera» del pueblo español, con otro elemento simbólico que permite evocar la reivindicación del trabajo necesario que defendían las posiciones más progresistas de la intelectualidad del país, relacionadas con la Institución Libre de Enseñanza. El verso es certero como un redoble, como un emocionado latido:

¡Yunques, sonad; enmudeced, campanas! (CXXXIX, p. 587)

---

[9] ANTONIO MACHADO, *«Las Meditaciones del Quijote* de José Ortega y Gasset», *Escritos dispersos* (1893-1936), ed. anotada de Jordi Doménech, Barcelona, Octaedro, 2009, p. 206.

[10] La expresión procede, precisamente, de su extraordinaria composición «Poema de un día. Meditaciones rurales»: «Libros nuevos. Abro uno/ de Unamuno./ ¡Oh, el dilecto,/ predilecto/ de esta España que se agita,/ porque nace o resucita!» (CXXVIII, p. 555).

[11] Buena muestra se encuentra en la segunda parte del largo poema titulado «Los olivos» (CXXXII), cuando, en el curso de una excursión por lugares cercanos a Baeza, expresa implacable y lúcido: «Pasamos frente al atrio del convento/ de la Misericordia./ ¡Los blancos muros, los cipreses negros!/ ¡Agria melancolía/ como asperón de hierro/ que raspa el corazón! ¡Amurallada/ piedad, erguida en este basurero!.../ Esta casa de Dios, decid, hermanos,/ esta casa de Dios, ¿qué guarda dentro?» (*Poesías completas*, ed. crítica de Oreste Macrì, Madrid, Espasa Calpe / Fundación Antonio Machado, 1989, p. 562. Todas las citas de obras poéticas de Antonio Machado se harán por esta edición, consignándose a partir de ahora en el propio texto el número del poema y la página correspondiente).

Pero si desde el día de su llegada va a asociar Machado la ciudad de Baeza con las campanas, no se puede olvidar otro elemento que aparecerá igualmente en sus textos indisolublemente unido a la imagen de esta «Salamanca andaluza», como era conocida Baeza en virtud del hermanamiento de su antigua y ya desaparecida Universidad con la veterana institución docente de la ciudad castellana, al igual que por la sobria calidad renacentista de sus calles y plazas. Se trata, claro está, de los olivos, omnipresentes en el paisaje de este campo andaluz y contemplados ya desde su ventanilla en el tren en el que realizara el viaje desde Madrid, utilizando ese medio de transporte moderno a que el poeta era tan aficionado y que, como signo del progreso de los tiempos, aparece con frecuencia en la obra de multitud de escritores y pintores de la época[12]:

Ya en los campos de Jaén,
amanece. Corre el tren
por sus brillantes rieles,
devorando matorrales [...],
olivares, caseríos (CXXVII, pp. 550-551).

Pero el olivo cobrará una importancia igualmente desolada en función del irremisible estado de duelo en que se encuentra el poeta. De este modo, frente al álamo castellano, que identifica con la presencia de su añorada Leonor, en cuya compañía paseaba por las riberas del Duero, el olivo jienense le mostrará su inconsolable soledad. Así se evidencia en el poema «Caminos», que parece constituir una de las primeras muestras por parte de Machado de la captación del paisaje que ahora lo rodea:

De la ciudad moruna
tras las murallas viejas,
yo contemplo la tarde silenciosa,
a solas con mi sombra y con mi pena.
[...]

[12] Cf. LILY LITVAK, *El tiempo de los trenes. El paisaje español en el arte y la literatura del realismo* (1849-1918), Madrid, Ediciones del Serbal, 1991.

Caminos de los campos…
¡Ay, ya no puedo caminar con ella! (CXVIII, p. 545)

Y de manera elocuente y atormentada, se reiterará ese desmoralizado sentimiento de soledad y tristeza que embarga al poeta en los versos finales de su poema CXXI:

Por estos campos de la tierra mía,
bordados de olivares polvorientos,
voy caminando solo,
triste, cansado, pensativo y viejo (CXXI, p. 546).

Dicho sentimiento será lo que propicie, como ya ha quedado expuesto, que Antonio Machado observe inevitablemente la realidad baezana a través de una suerte de tamiz negativo. Realidad que, no obstante, y según se puede fácilmente constatar, atravesaba verdaderamente una etapa de franco declive, después de siglos pasados de esplendor. Y es que ya lo había constatado Madoz algunas décadas antes, cuando describiera elocuentemente que, en lo que fuera antaño plaza fuerte, adornada por hermosas murallas y fuertes torreones ya derruidos, «Ocupa la ciudad un terreno muy estenso [sic] en proporción al número de habitantes, cosa común en los pueblos decadentes»[13]. Así, sus apenas dos mil setecientos cincuenta y un vecinos, equivalentes a diez mil ochocientas cincuenta y un almas cuando la visitara el erudito navarro, no eran ya suficientes para sostener el funcionamiento de una antiguamente prestigiosa Universidad Literaria, con un notabilísimo edificio que «es de lo mejor que Baeza conserva»[14] y

[13] MADOZ, *op. cit.*, p. 46.

[14] *Ibidem*. Cf. la descripción que el propio Madoz ofrece acerca de la magnificencia del edificio: «La portada consta de pilastras dóricas en el primer cuerpo, y jónicas en el segundo, con muy finas labores en el friso y cornisamento del frontispicio: se presenta grandemente acompañando las figuras de las enjutas del arco, y las seis ventanas delicadamente adornadas con sus dos columnitas jónicas cada una. […] El teatro de la Universidad es bella pieza, cuyo mérito ensalza el artesonado de su techo. No son las partes menos importantes del edificio la magnífica escalera, y el patio adonde corresponden las aulas, cuyas galerías, alta y baja, se ven sostenidas cada una por veinticuatro columnas de mármol» (*Ibidem*).

que había sido fundada por Juan de Ávila en 1538 sobre un colegio primitivo. No obstante, su gloriosos días habían ya prescrito, por lo que sería suprimida en el año 1824, destinándose justamente sus nobles estancias al Instituto General y Técnico en el que enseñará Machado.

De ahí, de esa situación crepuscular en que se encuentra sumergida la ciudad que acaba de iniciar el siglo XX, procede su evocación con expresiones considerablemente desafectas en los versos machadianos como «mi rincón moruno» (CXLV), las ya citadas «ciudad moruna» y «murallas viejas» (CXVIII) o la muy conocida incluida en su magnífico «Poema de un día. Meditaciones rurales»:

Heme aquí ya, [...]
en un pueblo húmedo y frío,
destartalado y sombrío,
entre andaluz y manchego (CXXVIII, p. 552).

Sin embargo, a pesar de su inicial desapego, e incluso rechazo, hacia una localidad sumida en lo que pareciera un nostálgico letargo –desapego que incluso condicionó durante bastante tiempo el acercamiento de los estudiosos a esta etapa de la trayectoria del sevillano–, lo cierto es que Baeza constituye «un lugar inexcusable en la geografía machadiana», y los años allí transcurridos representan, en opinión de Enrique Baltanás, «un período decisivo en la evolución de la poesía, de la biografía y del pensamiento del poeta»[15]. Buena prueba de ello se encuentra en el volumen *Antonio Machado y Baeza a través de la crítica*, donde el catedrático de la Universidad de Granada Antonio Chicharro reúne los abundantes textos que sobre esta etapa se han ido escribiendo a lo largo de los años[16].

---

[15] ENRIQUE BALTANÁS, «*Baeza de Machado*, de Fanny Rubio», *El Libro Andaluz* (Málaga), n.º 55, junio de 2008, p 36.

[16] Cf. ANTONIO CHICHARRO CHAMORRO (ed.), *Antonio Machado y Baeza a través de la crítica*, Baeza, Universidad de Verano de Baeza (Cursos Internacionales de la Universidad de Granada), 1983. La obra alcanzó una segunda edición corregida y aumentada en 1992, estando en prensa actualmente la tercera, que incorpora nuevos textos al corpus.

Y es que el propio Machado afirmaría: «Soy un hombre extraordinariamente sensible al lugar en que vivo»[17].

El lugar en el que vivirá el poeta triste entre noviembre de 1912 y noviembre de 1919 será, además de ese sitio en decadencia que se asemeja a las ciudades muertas que poco tiempo atrás había puesto de moda el modernismo. una suerte de tapiz donde se entrecruzan, de una manera u otra los diversos hilos de toda una serie de presencias literarias, a las que el espíritu cultivado y sensible de Machado no pudo haberse mostrado en modo alguno indiferente.

Así, de primera importancia será la influencia de la literatura ascética y mística del siglo XVI, con la importante actividad que desarrollan en la ciudad autores como el ya mencionado Juan de Ávila, religioso y escritor de origen converso, a quien se ha atribuido con frecuencia el famoso soneto «A Cristo crucificado» («No me mueve, mi Dios, para quererte/ el cielo que me tienes prometido…»), y cuyo papel resultaría fundamental –ya ha quedado dicho– en la puesta en marcha de la Universidad Literaria de Baeza. Pero tampoco se puede olvidar a Juan de la Cruz, quien fundaría en la localidad en junio de 1579 el Colegio de San Basilio, del que fue su primer Rector durante tres años, hasta su traslado a Granada. Se puede señalar, así mismo, que allí escribió, entre otras obras, las últimas estrofas de su *Cántico espiritual*, y que Baeza iba a ser el lugar de Andalucía donde moraría por más largo tiempo, falleciendo además en la vecina Úbeda en 1591.

De época más cercana ya a la del propio Machado, resulta inevitable mencionar los nombres de dos autores del XIX. En primer lugar, la poeta y narradora Patrocinio de Biedma, nacida en la vecina Begíjar, y que residió durante varios años en Baeza al contraer matrimonio con el hijo del Marqués de San Miguel de la Vega, oriundo de esta localidad, en la que se le dedicó una calle debido al prestigio alcanzado en el mundo de las letras. Y en segundo lugar, al poeta José Jurado de la Parra, nacido en Baeza y conocido entre otras facetas por haber sido el asistente personal de José Zorrilla durante los extensos actos de la coronación poética de éste que tuvo lugar en la ciudad de la Alhambra en 1889.

---

[17] *Apud* ANTONIO LINAJE CONDE, «Don Antonio, entre Baeza y Úbeda», *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses* (Jaén), núm. 158, 1995, p. 136.

Desde hacía muchos años, ninguno de los dos vivía ya en Baeza cuando hasta allí llegó Antonio Machado, pero sus nombres se tenían bien presentes en su calidad de «glorias locales», tal y como explica Fanny Rubio, cuando refiere su primera visita a la única librería existente, un local donde, al parecer, se vendían preferentemente tarjetas de todo tipo: «Ha preguntado al vendedor de postales por el «poeta local», así, tal cual, y le ha respondido que don José Jurado de la Parra, que escribía en *El Liberal de Baeza* pero que si se refiriera a «poetisa» tendría una a mano, doña Patrocinio de Biedma, que perdió tres hijos muertos prematuramente y ella misma enviudó cuando tenía 27 años, pero que desde hacía muchos años vivía en Cádiz. […] El poeta recuerda que, en efecto, en alguna ocasión le hablaron de esta dama y entonces pudo leer otros himnos épicos y religiosos de la misma pluma que había elogiado don Salvador Rueda»[18].

Sin embargo, una *presencia literaria* mucho más significativa en todos los sentidos vendrá dada por el primer encuentro que Antonio Machado tendrá en junio de 1916 con quien entonces no es sino un jovencito entusiasmado por la música, el folklore popular y la literatura. Su nombre, Federico García Lorca, quien junto con un grupo de alumnos, compañeros de la Universidad granadina, realiza un viaje de estudios promovido por el innovador catedrático de Teoría de la Literatura y de las Artes, Martín Domínguez Berrueta, promotor pionero de unos viajes pedagógicos muy en línea con las doctrinas de la Institución Libre de Enseñanza. Tras arribar a la ciudad en la noche del 8 de junio, el grupo se dedica al día siguiente a visitar los admirables monumentos, siendo recibidos más tarde por el director y los profesores del Instituto. Al día siguiente, después de una visita fugaz a Úbeda, tiene lugar una fecunda reunión en el propio Instituto, donde Antonio Machado les recitará un poema de Rubén Darío. Al caer la noche se celebra en el Casino de Artesanos una velada artística donde Lorca interpretaría al piano diversos temas populares[19]. El grupo repetirá su excursión un año después, hacia finales de abril o comienzos de mayo de 1917. La relación entre Berrueta y Machado se ha vuelto ya más estrecha, al haber incluso colaborado este último con diez composiciones de «Proverbios y cantares» en el n.º 2-3

[18] FANNY RUBIO, *op. cit.*, p. 48.

[19] IAN GIBSON, *op. cit.*, pp. 324-325.

de la revista *Lucidarium* (enero de 1917), que dirigía en la Facultad de Filosofía y Letras el mismo catedrático, al que precisamente van dedicados los poemas[20]. En esa segunda visita, se repetirá el encuentro en el Casino, donde Lorca tocará al piano nuevamente canciones populares, así como la *Danza de la vida breve*. de Manuel de Falla. Por su parte, Antonio Machado lee algunos fragmentos de su extensa composición, «La tierra de Alvargonzález», que bastantes años después retomaría un ya muy conocido Lorca, como iba a recordar emocionado el poeta hispalense en octubre de 1938: «Por cierto, que allí conocí, hace ahora veintiún años, a García Lorca. Era entonces un chiquillo e iba de excursión artística. no en busca de temas poéticos, sino de motivos musicales populares, pues ya sabe usted que Lorca era excelente músico. ¡Pobre Lorca! Muchos años después. implantada la República, supe que había hecho un ligero arreglo de mi «Alvargonzález» para que lo representara el cuadro de la Barraca»[21].

Federico García Lorca recogería las percepciones que Baeza había causado en su ánimo un año después, cuando publique su primer libro, *Impresiones y paisajes*. Se trata de una obra todavía considerablemente influida por sus lecturas del modernismo. De hecho, la recreación de la localidad jienense responde en buena medida al tópico decadentista de la «ciudad muerta». Así pues, donde Antonio Machado había visto sólo degeneración y declive, el joven Lorca descubrirá la inequívoca poesía de un tiempo que semeja haber quedado detenido en todas aquellas ciudades marcadas por un intenso y sensible pasado histórico y artístico, como Brujas, Venecia y, en España, Toledo, Córdoba, Granada o, claro está, Baeza. Pero curiosamente, coincidirá con el doliente poeta en resaltar el sonido característico de la ciudad: las campanas, si bien en los predispuestos oídos de Lorca parecen repicar de un modo muy distinto: «Todas las cosas están dormidas en un tenue sopor... Se diría que por las calles tristes y silenciosas pasan sombras antiguas que lloraran cuando la noche media... Por todas

---

[20] Además, Antonio Machado dedicaría al renovador catedrático un artículo, titulado precisamente «Granada. El Doctor Berrueta», publicado en el diario *El País* el 4 de junio de 1917 (Antonio Machado, *Escritos dispersos* (1893-1936), ed. cit., pp. 230-232)

[21] «Antonio Machado, el creador de Juan de Mairena, siente y evoca la pasión española», *Voz de Madrid* (París), n.º 13, 8 de octubre de 1938, p. 4; *apud* Jordi Doménech, Nota a pie de página correspondiente al texto n.º 34, en Antonio Machado, *Escritos dispersos* (1893-1936), ed. cit., p. 230.

partes, ruinas color sangre, arcos convertidos en brazos que quisieran besarse, columnas truncadas cubiertas de amarillo y yedra, cabezas esfumadas entre la tierra húmeda, escudos que se borran entre verdinegruras, cruces mohosas que hablan de muerte... Luego, un meloso sonido de campanas que zumba en los oídos sin cesar...»[22].

Una última huella literaria que difícilmente pasaría desapercibida para alguien como Antonio Machado se revela evidente en la ciudad de Baeza. En efecto, se trata de un lugar que recuerda inequívocamente al que sería sin duda uno de sus poetas preferidos: Jorge Manrique. Y es que uno de los monumentos más señeros de la ciudad, el palacio de Jabalquinto, había pertenecido a la familia del autor de las célebres *Coplas a la muerte de su padre*. El edificio, de espectacular fachada isabelina, presenta estilo gótico con influencias mudéjares, y había sido construido por Juan Alonso de Benavides, emparentado con el rey Fernando el Católico, y cuyo primogénito, Manuel, se habría de casar con Luisa, la hija del poeta. De ahí que el palacio ostente, entre los diversos escudos familiares el de los Manrique. Y en propiedad de dicha familia se mantuvo hasta que en 1720 su uso fue cedido al Seminario de San Felipe Neri.

Por añadidura, también en tierras de Jaén, en concreto en la localidad de Segura de la Sierra (que dista poco más de cien kilómetros de Baeza), se cree con bastante probabilidad que habría nacido en 1440 el propio Jorge Manrique, siendo esta localidad el lugar de origen de su madre, doña Mencía de Figueroa, y donde aún permanece su casa noble. Además, está documentado que en la cercana Siles vivió durante mucho tiempo, en el pequeño castillo cuyos restos aún se conservan en la actualidad, don Rodrigo, padre del poeta, que ejercía entonces como Gran Maestre de la Orden de Santiago y que había de fallecer «en la su villa de Ocaña», donde «vino la Muerte a llamar a su puerta» el 11 de noviembre de 1476. Será a partir de ahí, precisamente, cuando se crearía la obra literaria que tanto iba a influenciar al poeta Antonio Machado.

De hecho, en su inaugural libro *Soledades* (1903), Machado había incluido una significativa «Glosa», que habla claramente de sus predilecciones literarias:

---

[22] FEDERICO GARCÍA LORCA, «Baeza», *Impresiones y paisajes* (1918). *Obras completas*, tomo III: Prosa. Dibujos, recopilación, cronología, bibliografía y notas de Arturo del Hoyo, Madrid, Aguilar, 1993, 23.ª ed., p. 65.

Nuestras vidas son los ríos
que van a dar a la mar,
que es el morir. ¡Gran cantar!
Entre los poetas míos
tiene Manrique un altar (LVIII, p. 470).

La metáfora manriqueña del tiempo, de la vida como río caminando inapelable hacia el mar de la muerte será una rica fuente de la que beberá Antonio Machado durante toda su trayectoria, vital y literaria. Así, el motivo aparecerá nuevamente, bien que con variaciones, durante su etapa de Baeza:

¡Oh, tú que vas gota a gota,
fuente a fuente y río a río,
como este tiempo de hastío
corriendo a la mar remota (CXXVIII, p. 554).

Estos versos pertenecen a su ya citado «Poema de un día. Meditaciones rurales», que constituye sin duda una de sus obras maestras, de lo mejor que salió de su pluma en tierras de Baeza. Se trata de un largo poema de más de doscientos versos, que se muestra especialmente significativo puesto que da cuenta de las profundas reflexiones de Antonio Machado en un momento de cambio de rumbo estético y filosófico. Fechado en 1913, el poeta lo compuso al parecer en su versión casi definitiva entre diciembre de 1912 y enero de 1913, dándolo a conocer inicialmente en la revista madrileña *La Lectura* un año más tarde.

Las evocaciones de Manrique se dejan entrever en diferentes momentos a lo largo de los versos de la composición:

Algo importa
que en la vida mala y corta
que llevamos
libres o siervos seamos;
mas, si vamos
a la mar,
lo mismo nos ha de dar (CXXVIII, p. 556).

De hecho, se podría afirmar que el gran protagonista de la misma no es otro que el tiempo, tema central, como es bien sabido, en la obra de Machado, y que en «Poema de un día» aparece determinado por la tristeza y el hastío que dominan sus horas provincianas, cuya desolación trata de mitigar mediante la lectura de los libros que siempre lo acompañan. El tiempo aparece simbolizado en el sonido monótono y rítmico del reloj, que marca, implacable, un tiempo muerto, y que parece carecer de sentido en las sempiternamente repetidas jornadas rurales[23]:

Tic-tic, tic-tic... Ya te he oído.
Tic-tic, tic-tic... Siempre igual,
monótono y aburrido.
Tic-tic, tic-tic, el latido
de un corazón de metal.
En estos pueblos, ¿se escucha
el latir del tiempo? No.
En estos pueblos se lucha
sin tregua con el reló,
con esa monotonía,
que mide un tiempo vacío. (CXXVIII, p. 552)

En realidad, Machado, abrumado por el dolor de la pérdida de su amada Leonor[24] y sometido a la rutinaria existencia de una vida estancada, muy lejos de la animada agitación cultural de la capital madrileña que frecuentaba años atrás, se siente inmerso en el profundo contraste, o desajuste, entre ese tiempo cronológico e inclemente que mide el reloj y señala el tránsito que lo acerca irremisiblemente a la muerte, y el tiempo psicológico, interior, que muy por el contrario mide las íntimas pulsaciones del alma[25]: «Pero ¿tu hora es la mía? / ¿Tu tiempo, reloj, el mío?» (CXXVIII, p. 552).

---

[23] JOSÉ ORTEGA, «Nueva reflexión sobre «Poema de un día. Meditaciones rurales»», *Cuadernos Hispanoamericanos* (Madrid), 304-307, tomo II, 1975-1976, pp. 972-985.

[24] Cf., en este sentido, los versos 55-58 del poema: «(Tic-tic, tic-tic)... Era un día / (tic-tic, tic-tic) que pasó, / y lo que yo más quería / la muerte se lo llevó».

[25] Cf. RICARDO GULLÓN, *Una poética para Antonio Machado,* Madrid, Gredos, 1970, p. 157.

La conciencia de la temporalidad humana será en Machado, como bien afirma su buen estudioso Pedro Cerezo, «radical e intrascendible. El tiempo es todo cuanto el hombre es»[26]. En ese contexto precisamente se puede entender la mención de uno de los autores de los libros que entretienen sus largas veladas de invierno en la hermosa pero adormecida Baeza. En la alusión se contiene una interpelación cómplice a su buen amigo, el Rector de la Universidad de Salamanca:

> *Enrique Bergson: Los datos*
> *inmediatos*
> *de la conciencia. ¿Esto es*
> *otro embeleco francés?*
> *Este Bergson es un tuno;*
> *¿verdad, maestro Unamuno?* (CXXVIII, pp. 555-556)

En efecto, tanto Unamuno como Machado se sintieron vivamente interesados por las teorías filosóficas de Henri Bergson, quien había publicado su prontamente célebre *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia* más de dos décadas atrás, en concreto en 1889, constituyendo éste, en palabras de Pedro Cerezo, «una verdadera fenomenología del alma, prestando así armadura teórica a la visión interior de los poetas»[27]. Pues, ciertamente, su propósito era «encontrar el lugar del alma, más allá del mundo determinista de la extensión y más acá del mundo idealista del puro espíritu»[28].

Atraído de forma vehemente por los planteamientos del pensador francés acerca de la percepción del tiempo y de la conciencia, y seducido por una propuesta según la cual «es a través de la intuición, no del análisis racional, como se puede llegar a descubrir la *verdad* escondida como realidad y como flujo[, una] realidad [que] aparece en perpetuo movimiento, penetrada por el impulso vital y

---

[26] PEDRO CEREZO, *El mal del siglo. El conflicto entre Ilustración y Romanticismo en la crisis finisecular del siglo XIX,* Madrid / Granada, Biblioteca Nueva / Universidad de Granada, 2003, p. 610.

[27] *Ibidem*, p. 519.

[28] *Ibidem*, pp. 519-520.

susceptible de ser cognoscida a través de la intuición»[29], Machado había solicitado en 1910 una beca de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas con el objeto de estudiar durante un año en París y poder asistir a las clases de Bergson en el Colegio de Francia. Concedida efectivamente la beca, el poeta pasará buena parte del año 1911 en compañía de su esposa adolescente en la capital francesa. Tiempo después de su regreso dejará constancia por escrito de su asiduidad entre el auditorio del eminente pensador, afirmando categórico: «Henri Bergson es el filósofo definitivo del siglo XIX. [...] El aula donde daba su clase era la mayor del Colegio de Francia, y estaba siempre rebosante de oyentes. Bergson es un hombre frío, de ojos muy vivos. Su cráneo es bello. Su palabra es perfecta, pero no añade nada a su obra escrita»[30].

Sin embargo, si hemos de creer la literalidad del «Poema de un día», a pesar de conocer la obra del francés, Machado debió de encargar en torno a finales de 1912 un ejemplar de ese famoso *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia*, que le llega finalmente mientras se encuentra destinado en Baeza, y que, a pesar de ser citado en español, no puede sino tratarse de la versión original francesa, ya que la obra no sería traducida por primera vez al español hasta 1919.

En cualquier caso, habría que situar esta alusión a Bergson y a su obra contenida en el poema en el marco de la vuelta a las lecturas filosóficas que Machado retomará durante sus años de Baeza. De hecho, en carta fechada el 2 de mayo de 1913, le confía a José Ortega y Gasset: «Como la poesía no puede ser profesión sin degenerar en juglaría, yo empleo las infinitas horas del día en este poblachón en labores varias. He vuelto a mis lecturas filosóficas –únicas que en verdad me apasionan–. Leo a Platón, a Leibniz, a Kant, a los grandes poetas del pensamiento. [...] me interesa [*sic*] esos nuevos filósofos que trabajan en los cimientos de una nueva metafísica. Escuché en París al maestro Bergson, sutil judío que muerde el bronce kantiano, y he leído su obra» (p. 111).

---

[29] CARMEN SANJUÁN PASTOR, «Meditaciones desde la conciencia: Una reflexión sobre la idea de libertad en *Poema de un día*», *Revista Hispánica Moderna* (New York), LVIII, 1-2, junio-diciembre de 2005, p. 87.

[30] *Apud* IAN GIBSON, *op. cit.*, p. 230.

La influencia de Bergson resultaría notable en la poética de Antonio Machado[31]. La concepción del filósofo francés que, en palabras del profesor Cerezo, plantea innovadoramente que «El yo no está bajo el tiempo ni sobre el tiempo, sino en el tiempo»[32], se iba a dejar sentir poco después aplicándose, entre otros aspectos decisivos, a su propia noción de la poesía, que definirá en un famoso terceto:

Ni mármol duro y eterno,
ni música ni pintura,
sino palabra en el tiempo. (CLXIV, XVI, p. 663)

Pero retornando al fecundo «Poema de un día», encontramos otra interesante referencia filosófica a continuación de la cita bergsoniana, si bien de naturaleza completamente diferente. Al fin y al cabo, Antonio Machado no fue nunca «un pensador sistemático»[33] sino que se caracterizó más bien por un considerable eclecticismo, «convencido de que no es posible contener en un sistema ideal y estático la estela fluyente, radicalmente enigmática, del vivir»[34]. Así pues, en su poema recoge también una clara alusión al libro sapiencial del *Eclesiastés*, cuyo proverbial pesimismo fatalista ejerció una considerable fascinación sobre los autores inmersos en la profunda crisis finisecular. Así, Machado se cuestiona:

¿Todo es
soledad de soledades,
vanidad de vanidades,
que dijo el Eclesiastés? (CXXVIII, p. 556)

---

[31] En relación con su influencia en esta composición, cf. ROBERT S. PICCIOTO, «Meditaciones rurales de una mentalidad urbana: el tiempo, Bergson y Manrique en un poema de Machado», *La Torre* (San Juan de Puerto Rico), XII, 45-46, enero-junio de 1964, pp. 141-150. También se puede consultar Eugenio Frutos, «El primer Bergson en Antonio Machado», *Revista de Filosofía*, XIX, 73-74, 1960, pp. 121-125.

[32] PEDRO CEREZO, *op. cit.*, p. 520.

[33] CARMEN SANJUÁN PASTOR, *op. cit.*, p. 89.

[34] JOSÉ BIEDMA LÓPEZ, «La filosofía de Antonio Machado: dialéctica de las creencias», <webs.ono.com/usr036/manuel2002/articulos/990921-lafilosofia-deantonio-machado.htm/>.

La conocida expresión «vanidad de vanidades» se corresponde con el versículo 2 del capítulo primero del Eclesiastés, amarga sabiduría que iba a inspirar a otros autores coetáneos de Machado, como Felipe Cortines Murube o Alejandro Sawa[35]. Pero tampoco se puede olvidar el contenido del versículo 18 de ese mismo capítulo, cuya formulación dice: «Porque en la mucha sabiduría hay mucha molestia; y quien añade ciencia, añade dolor», que se encuentra en la base de obras fundamentales de comienzos del siglo XX como, por ejemplo, la emblemática *El árbol de la ciencia*, de Pío Baroja.

Volviendo a la obra creadora que Antonio Machado tendrá ocasión de escribir durante su estancia en Baeza, se puede afirmar que de esa etapa surgirán una serie de composiciones fundamentales. No sólo el emblemático «Poema de un día»; también conviene destacar que será en esta localidad jienense donde se inicie el cuaderno titulado *Los Complementarios*. Además, redacta un conjunto de poemas sobre la nueva España que empieza a concebir, y que parten todos ellos de un profundo sentido crítico hacia la realidad histórica y social del país. Personalmente implicado con las posibilidades reales de cambio y regeneración que atisba, Machado abandonará definitivamente las *galerías del alma* para adentrarse en el campo abierto del compromiso. En este sentido, resulta curioso constatar cómo su buen amigo Unamuno, cuando tiempo atrás contestara a un abatido Machado que se lamenta del traslado a Baeza, le diría de manera que se revelará profética: «ahí encontrará usted a España»[36].

De este modo surgirán poemas como «Llanto de las virtudes y coplas por la muerte de Don Guido», que constituye, ya desde el propio título, un nuevo homenaje a su admirado Jorge Manrique, y que respeta la ordenación canónica del género tan medieval del planto, bien que invirtiendo sus premisas de manera completamente irónica. Así, donde la poética ordenaba cantar las hazañas

---

[35] No conviene dejar de señalar la relativa cercanía que existe entre los planteamientos desengañados y de renuncia cuasi ascética que propone el libro bíblico y el que será indudablemente uno de los filósofos más influyentes del período finisecular, es decir, el alemán Arthur Schopenhauer (Cf. el monográfico de Miguel Ángel Lozano Marco (coord.), *Schopenhauer y la creación literaria en España, Anales de Literatura Española* (Universidad de Alicante), 12, 1996).

[36] *Apud* FANNY RUBIO, *op. cit.*, p. 60.

heroicas y las bondades del difunto, Machado enumera pormenorizadamente los vicios de una aristocracia ociosa y caduca, que lastra el futuro de España:

Murió don Guido, un señor
de mozo muy jaranero,
muy galán y algo torero;
de viejo, gran rezador.
Dicen que tuvo un serrallo
este señor de Sevilla;
que era diestro
en manejar el caballo,
y un maestro
en refrescar manzanilla (CXXXIII, p. 564).

Ese punzante ingenio que destila ahora Machado en sus versos había sido puesto de relieve poco antes por quien fuera uno de sus amigos íntimos desde la temprana adolescencia: el poeta parnasiano Antonio de Zayas, quien en su libro *Epinicios* (1912) dedicaba a su querido compañero un texto donde le elogia: «¡no sé qué poesía/ brota el huerto feraz de tu ironía!»[37].

Idéntico espíritu anima otros textos escritos en esos años, como el titulado «Del pasado efímero», donde Machado continúa criticando implacablemente al baldío e inoperante señorito andaluz:

Este hombre no es ayer ni es de mañana,
sino de nunca; de la cepa hispana
no es el fruto maduro ni podrido,
es una fruta vana
de aquella España que pasó y no ha sido,
esa que hoy tiene la cabeza cana (CXXXI, p. 560).

Por su parte, dentro de sus «Proverbios y cantares» se incluirá un corto poema que alcanzaría luego gran notoriedad por adivinarse en sus palabras un

[37] ANTONIO DE ZAYAS, «El poeta Antonio Machado», *Obra poética*, ed. de Amelina Correa, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2005, p. 217.

inesperado augurio del sangriento conflicto civil que iba a partir en dos al país en el curso de poco más de un par de décadas:

Ya hay un español que quiere
vivir y a vivir empieza,
entre una España que muere
y otra España que bosteza.
Españolito que vienes
al mundo, te guarde Dios.
Una de las dos Españas
ha de helarte el corazón (CXXXVI, LIII, p. 582).

La visión enfrentada de las dos Españas no era nueva y procedía ya de reflexiones críticas anteriores a Machado, pues algunas de las mentes más lúcidas del último tercio del XIX habían diagnosticado en su tiempo semejante mal que aquejaba a la patria. Así por ejemplo, se puede leer en un artículo de Emilia Pardo Bazán, en el que ésta denunciaría en 1888 la existencia de «una Vieja España impotente para triunfar, una Nueva España incapaz de aprovechar el triunfo»[38].

Dentro de esta serie de composiciones machadianas se encuentra también «El mañana efímero», que ofrece una visión desoladora de la historia contemporánea del país y de las nulas perspectivas que se pueden aguardar de todo un sector profundamente anclado en las más rancias tradiciones, en la ignorancia y el fanatismo: «el vacuo ayer dará un mañana huero» (CXXXV, p. 568). Sin embargo, se advierte nítidamente la posibilidad de una esperanza que se atisba para el futuro inmediato:

Mas otra España nace,
la España del cincel y de la maza,
con esa eterna juventud que se hace

---

[38] *Apud* EVA ACOSTA, *Emilia Pardo Bazán. La luz en la batalla. Biografía*, Barcelona, Lumen, 2007, p. 286.

del pasado macizo de la raza.
Una España implacable y redentora,
España que alborea
con un hacha en la mano vengadora,
España de la rabia y de la idea (Ibidem).

La implicación de Machado hacia la actualidad social e histórica se manifiesta igualmente mediante la composición titulada «España, en paz», escrita en Baeza el 10 de noviembre de 1914 y que tiene como tema central el estallido de la Primera Guerra Mundial, que había comenzado en Europa ese mismo verano, y ante la cual el país adoptaría una actitud de neutralidad. Dicha actitud suscitó en Machado un ambiguo sentimiento acerca del cual medita a lo largo de los versos del poema, impactado por la cruel evidencia del enfrentamiento armado. El poema se publicaría cuatro meses después en la recién fundada revista *España*, iniciativa de José Ortega y Gasset, con quien mantendría siempre una muy cordial relación, como prueba la correspondencia intercambiada entre ambos.

La ambigüedad que Machado demuestra inicialmente hacia la neutralidad por la que ha optado el gobierno español se va a ir resolviendo en una rápida evolución, hasta el punto de que tan sólo dos meses después, el 16 de enero de 1915 escribe en una elocuente carta a Miguel de Unamuno: «Encadenada va el alma española en cuerda de presos, conducida no sabemos adónde. Nuestra neutralidad hoy consiste, como me dice Manuel en carta que hoy me escribe, en no saber nada, en no querer nada, en no entender nada. Es verdaderamente repugnante nuestra actitud ante el conflicto actual y épica nuestra inconsciencia, nuestra mezquindad, nuestra cominería» (p. 135).

En línea con esa nueva toma de postura, que encaja con la sostenida por una gran parte de la intelectualidad española, Machado firmará en julio de ese mismo año un manifiesto de adhesión a las naciones aliadas, que se publicará en la prensa extranjera, y donde aparece en compañía de nombres como Unamuno, Ortega y Gasset, Fernando de los Ríos, Pérez Galdós, Valle-Inclán, Azorín, Manuel Azaña, Gregorio Marañón, etc. Año y medio después firmará junto con su hermano Manuel el manifiesto de la Liga Antigermanófila.

En otro orden de cosas, también la temporada baezana de Antonio Machado alumbrará dos sentidas elegías por la muerte de queridos amigos. En primer lugar, la de su maestro Francisco Giner de los Ríos, quien fallecería el 17 de febrero de 1915, a los setenta y cinco años de edad. La triste noticia sobrecoge a Machado, que enviaría rápidamente una necrológica a la revista *Idea Nueva. Semanario Reformista*, que había sido fundada el año anterior como órgano de expresión del Partido Reformista de Melquíades Álvarez. Además, cuatro días después de producirse el óbito escribe el sentido poema al que se aludió con anterioridad:

¿Murió?... Sólo sabemos
que se nos fue por una senda clara,
diciéndonos: Hacedme
un duelo de labores y esperanzas.
Sed buenos y no más, sed lo que he sido
entre vosotros: alma (CXXXIX, p. 587).

Al año siguiente Machado recibirá, igualmente en febrero, la noticia inesperada del triste final de Rubén Darío, fallecido con cuarenta y nueve años recién cumplidos, pero afectado de una mortal cirrosis debido a sus conocidos excesos con el alcohol. Su buena relación con el vehemente adalid del modernismo queda sobradamente demostrada con los poemas que se habían dedicado mutuamente años atrás. Ahora, Machado le ofrecerá como homenaje un poema escrito en versos alejandrinos, que hace gala de vocabulario y retórica propios del movimiento modernista, y que se publicará en la revista España:

Si era toda en tu verso la armonía del mundo,
¿dónde fuiste, Darío, la armonía a buscar?
Jardinero de Hesperia, ruiseñor de los mares,
corazón asombrado de la música astral, [...].
Pongamos, españoles, en un severo mármol,
su nombre, flauta y lira, y una inscripción no más:
nadie esta lira pulse, si no es el mismo Apolo,
nadie esta flauta suene, si no es el mismo Pan
(CXLVIII, p. 598).

Por último, no se pueden olvidar, evidentemente, las composiciones que Machado consagrará a lo largo de estos siete años a la evocación dolorida de su querido amor perdido. Entre estos poemas que componen el ciclo de Leonor, probablemente se podría afirmar que la más conmovedora de todas resulta la que, con forma epistolar y escrita en silvas, dirige a su «buen amigo» y colaborador en Soria, José María Palacio. La adecuada comprensión de la delicada manera en que se alude a la ausencia de la amada primaveral precisa del conocimiento de un dato concreto referente a la geografía de Soria, y es que su camposanto recibe el nombre del Espino:

Palacio, buen amigo,
¿está la primavera
vistiendo ya las ramas de los chopos
del río y los caminos? En la estepa
del alto Duero, Primavera tarda,
¡pero es tan bella y dulce cuando llega!...
[…]
Con los primeros lirios
y las primeras rosas de las huertas,
en una tarde azul, sube al Espino,
al alto Espino donde está su tierra… (CXXVI, pp. 549-550)

Si bien escrito el 29 de abril de 1913, el poeta no dará a conocer este poema tan lírico intimismo hasta tres años más tarde, ya en la primavera de 1916. Por entonces, su estado de ánimo irá poco a poco superando su decaimiento emocional y congraciándose de algún modo con la nueva tierra que lo acoge. El estado de duelo en que llegó a Baeza, y el consiguiente quebranto afectivo que lo incapacitaba para percibir muchos aspectos de la realidad circundante ha ido paulatinamente mitigándose, hasta el punto de que llegará a escribir en su momento poemas ciertamente evocadores. Su cambio de actitud se apreciará claramente en unos versos en los que sintomáticamente se refiere ahora al «olivo hospitalario»:

Hoy, a tu sombra quiero
ver estos campos de mi Andalucía,
como a la vera ayer del Alto Duero
la hermosa tierra de encinar veía (CLIII, II, p. 603).

El paisaje, al que tanta atención prestarían los institucionistas, cobra ahora nueva vida en sus textos:

Desde mi ventana,
¡campo de Baeza,
a la luna clara!
¡Montes de Cazorla,
Aznaitín y Mágina!
[...]
Campo, campo, campo.
Entre los olivos,
los cortijos blancos (CLIV, I y II, p. 607)

Al fin, unos años cuyo balance definitivo ofrece un conjunto de poemas memorables, la profundización de las lecturas filosóficas de Machado, su edición de *Poesías completas*, que ven la luz en 1917, y unos estudios de licenciatura y doctorado en Filosofía y Letras, que completa con éxito en la Universidad Central... Todo ello concluirá en los meses de otoño de 1919, cuando el poeta, que había solicitado traslado el día 7 de septiembre, anhelando siempre su acercamiento a Madrid, reciba la notificación mediante Real Orden de 30 de octubre de que le ha sido asignada una plaza en Segovia, donde tomará posesión como catedrático del Instituto General y Técnico el 26 de noviembre. Atrás quedan ya los días de *meditaciones rurales* y de tertulias provincianas en la rebotica de la farmacia de Adolfo Almazán, compañero suyo en el cuadro docente del Instituto. Pero lo cierto es que ahora la localidad jienense comenzará a ocupar un lugar positivo en el fértil espacio de sus evocaciones:

¡Campo de Baeza,
soñaré contigo
cuando no te vea! (CLIV, IV, p. 608)

AMELIA CORREA RAMÓN